

# LOS AMORIOS DE MEROE

Pero para que primero sepáis quién soy, y de dónde, os diré que me llamo Aristómenes, natural de Egipto; sabed asimismo con qué negocio me mantengo: recorro de un lado a otro la Tesalia, la Etolia y la Beocia vendiendo miel, queso y otras mercancías de este género, propias de los mesones. Pues bien, habiendo tenido noticia cierto día de que en Hípata, la ciudad más notable de toda Tesalia, se estaba vendiendo un queso fresco y de rico sabor a un precio muy conveniente, acudí con la mayor prisa a comprar todo lo que hubiera. Pero, como suele suceder, entré en el asunto con el pie izquierdo y la esperanza del lucro me salió fallida, pues un día antes cierto Lupo, comerciante al por mayor, lo había comprado todo.

Así, pues, cansado de prisa tan infructuosa, me dirigí al caer la tarde a los baños, cuando veo de pronto a un amigo mío, Sócrates, sentado en el suelo, cubierto apenas con un desastroso manto hecho pedazos, casi irreconocible de tan macilento, flaco y desfigurado que era una lástima, igual a uno de esos desheredados de la fortuna que suelen pedir limosna en las esquinas. Al verlo así, a pesar de conocerlo muy bien por ser gran amigo mío, me le acerqué con muchas vacilaciones.

—Hola, amigo Sócrates —le dije—, ¿qué te sucede? ¿Qué cara, qué ruina son éstas? En tu casa ya te han llorado y dado por muerto; ya los jurídicos provinciales han nombrado tutores para tus hijos; tu mujer, cumplidos los deberes del funeral, desfigurada por el luto y la larga aflicción, sus ojos arruinados y casi echados a perder de tanto que ha llorado, se ve obligada por sus padres a alegrar el duelo de su casa con los regocijos de una nueva boda... Y tú estás aquí, parecido a una imagen fantasmal, con gran deshonra de los tuyos.

—No sabes tú, Aristómenes —me contestó—, cuán resbaladizos son los rodeos de la fortuna, cuán inseguros sus movimientos y cuán azarosas sus vueltas.

Y esto diciendo cubrió su cara, toda roja de vergüenza, con los remendados jirones de su vestido, de manera que dejó a la vista el resto del cuerpo, desde el ombligo hasta las ingles. Yo no pude aguantar más tan triste espectáculo de miseria, y, tendiéndole la mano, traté de levantarlo de allí. Pero él, así como estaba, con la cabeza tapada:

—Deja —me dijo—, deja que la Fortuna disfrute hasta cansarse de este trofeo que ella misma se ha fabricado.

Al fin hice que me acompañara. Me quito entonces una de mis túnicas y rápidamente lo visto, o, mejor dicho, lo protejo con ella; en seguida me lo llevo al baño, le pongo en las manos lo necesario para unirse y enjuagarse, y yo mismo raspo con grandes trabajos las costras enormes de mugre que lo cubrían. Cuando ya está bien aseado, lo conduzco casi en vilo, a duras penas y a pesar de mi cansancio, a mi propia posada, pues él estaba rendido. Lo hago descansar en un lecho, sacio su hambre, mitigo su sed, lo entretengo contándole cosas.

## Traducción de Antonio Alatorre

Ya aparecían en él señales de gusto por la charla y los chistes, ya comenzaba a dar muestras de buen humor, y hasta se permitía de vez en cuando una chanza, cuando de pronto, lanzando desde el fondo del pecho un desgarrador suspiro y golpeando furioso con la diestra su frente:

—Desventurado de mí —exclama—, que por andar en pos del placer de un espectáculo muy famoso de gladiadores he venido a caer en este miserable estado. Porque, como tú bien sabes yo había ido a Macedonia a hacer ciertos negocios; estuve allí unos diez meses muy atareado y volvía ya, bastante ganancioso, cuando, poquito antes de llegar a Larisa (en donde quería detenerme, de paso, para ver el espectáculo que te digo), me veo de pronto rodeado, en una garganta llena de pozos y apartada del camino, por una imponente banda de ladrones. Logré escapármeles, pero me dejaron sin nada; entonces, reducido al último extremo, voy a alojarme en el mesón de cierta Méroe, vieja ya pero bastante agraciada, a quien cuento minuciosamente mi larga peregrinación, mis ansias por volver a casa y el robo infame de que había sido víctima. Ella, al principio, me trata con el mayor cariño que te puedas imaginar; me invita a una agradable cena sin cobrarme nada, y en seguida, ardiendo en deseo, me hace subir a su cama. ¡Infeliz de mí! Bastó que me acostara con ella esa sola vez para quedar preso en las garras de este hediondo comercio que dura ya tanto tiempo. A ella le he entregado los trapos mismos que los ladrones, movidos a lástima, me habían dejado para cubrirme; para ella era hasta el mísero salario que ganaba, cuando aún me quedaban fuerzas, cargando sacos. Así he venido a tener ese aspecto que tú acabas de contemplar, gracias a tan buena esposa y a tan mala fortuna.

—¡Caramba! —le digo—, bien mereces tú soportar las peores vejaciones, si acaso hay todavía algo peor que tu infortunio, pues que los placeres amorosos y ese pellejo de puta te han hecho olvidar tu hogar y tus hijos.

Entonces él, llevándose el índice a los labios, y temblando de espanto:

—¡Cállate, cállate! —me dice.

Y echando una mirada alrededor, para ver si podía hablar con libertad, añade:

—No digas nada contra ella, que es una hechicera; no sea que, si sueltas la lengua, te atraigas algo malo.

—¿Cómo es eso? —exclamo—. Pues ¿qué clase de mujer es esa mesonera, esa reina, que tan poderosa la pintas?

—Es una maga, una adivina —me contesta—, capaz de derrumbar el cielo, suspender la tierra, petrificar las fuentes, derretir las montañas, hacer subir a los espíritus del Averno, descender a los dioses, apagar los astros, iluminar el mismo Tártaro.

—Por favor —le digo—, haz a un lado ese telón de tragedia,



Dibujo de Peralta

descorre esa decoración teatral, y háblame con palabras comunes y corrientes.

—¿Quieres saber —me pregunta— una o dos hazañas tuyas, o quieres que te cuente muchas? Porque, mira: para ella es rudimento del arte y mero pasatiempo hacer que la amen locamente, no digo los naturales de estas tierras, sino los de la India, los de ambas Etiopías, los antípodas mismos. Pero escucha estas cosas que realizó a la vista de muchos.

A uno de sus amantes, por haberla engañado con otra, lo cambió con una sola palabra en castor, para que le sucediera lo que a este animal, que, por miedo de la cautividad, se arranca los genitales para librarse de quienes lo persiguen. Asimismo, a un mesonero vecino de ella, y que por esta razón le hacía competencia, lo transformó en rana, y ahora el pobre viejo está nadando en un barril, y, sumido entre las zurrapas del vino, saluda cordialmente, con ronco croar, a los antiguos clientes de su taberna: A cierto abogado, por haber hablado contra ella, lo transformó en borrego, y ahora hay un borrego que defiende causas. A la mujer de otro amante suyo, que le había echado ciertas pullas burlonas y que en ese momento estaba encinta, la condenó a preñez perpetua cerrándole el vientre y reteniendo en él a la criatura: y hace ya diez años, según cuenta que todos llevan, que la pobrecilla se infla y se infla, como si fuera a parir un elefante.

Como eran ya muchos los perjudicados con estas cosas, cundió la indignación entre todas las gentes, y el pueblo decidió una vez vengarse al otro día echándole pedradas sin misericordia. Pero ella, por la virtud de sus fórmulas mágicas, se anticipó a estos planes, y así como a aquella Medea un solo día de plazo que pidió a Creonte le bastó para consumir en las llamas que brotaron de una corona toda su casa, con su hija y con el anciano mismo, así esta mujer, después de celebrar ante una fosa sus ritos sepulcrales —como me contó ella hace poco, estando borracha—, mantuvo encerrados a todos en sus respectivas casas por la callada potencia divina, de manera que durante dos días enteros no se pudieron ni romper las cerraduras, ni echar abajo las puertas, ni siquiera perforar las paredes, hasta que todos, de común acuerdo, y gritando a una voz, juraron por lo más sagrado que nadie levantaría contra ella la mano, y que si alguno llegaba a cambiar de idea, todos acudirían a prestar su auxilio a la maga. Así se apiadó y perdonó a toda la ciudad. En cuanto al autor de aquella conspiración, lo trasladó cierta noche oscurísima con su casa entera, esto es, las paredes, el suelo mismo y todos los cimientos, cerrada como estaba, a otra ciudad situada a cien millas de aquí en la más alta cima de un áspero monte, y por eso mismo privada de agua. Por cierto que, como las casas de sus habitantes estaban demasiado apretadas para dejar sitio a un nuevo huésped, arrojó la casa ante la puerta de la ciudad y se marchó de allí.

—Cosas admirables, querido Sócrates, pero no menos truculentas



—digo yo entonces— son las que me has dicho. Has acabado por hacerme concebir una grave preocupación, por no decir un grave temor; siento que se me clava, no un guijarro, sino una lanza, al pensar que esta vieja, con la ayuda del poder sobrenatural que la suele asistir, bien puede haberse enterado de esta nuestra charla. Vayamos, pues, rápidamente a descansar, y cuando hayamos aliviado con el sueño nuestra fatiga, huyamos de aquí lo más lejos posible, aprovechando la oscuridad de antes de la madrugada.

Todavía estaba yo dando estos consejos, y ya el pobre de Sócrates, abrumado por la desacostumbrada borrachera y su largo cansancio, dormía con estrepitosos ronquidos. Entonces, después de tirar de la puerta y de asegurarla con los cerrojos, acomodo mi catre recargándolo directamente contra los goznes, y me echo sobre él. Al principio me quedo despierto algún rato por el miedo que tenía, pero después, muy cerca de la tercera vigilia, logro cerrar un poco los ojos.

No bien me había dormido, cuando de repente, de un empujón demasiado vigoroso para creer que lo daban ladrones, se abren las puertas, ¡qué digo!, caen por tierra, quebrados y arrancados de cuajo los goznes. La violencia de semejante empujón derriba mi catre, muy chico por cierto, cojo de una pata y además apollillado, a mí me arroja también, y el catre, al caer al suelo, se me viene encima y me tapa completamente.

Entonces me di cuenta de que ciertas emociones tienden a manifestarse de manera paradójica. Porque así como a menudo la alegría hace derramar lágrimas, así también en aquel trance de

susto no puede aguantar la risa al verme transformado de Aristómenes en tortuga.

Revolvándome entre porquerías y protegido por la industria del catre, espío con el rabo del ojo lo que va a ocurrir. Veo entonces dos mujeres de edad muy avanzada; una llevaba una lámpara ardiendo y la otra una esponja y una espada desnuda. De esta guisa rodearon a Sócrates, que seguía profundamente dormido. La de la espada dijo:

—Este es, hermana Pantia, mi querido Endimión, éste mi Ganimedes, que días y noches se ha estado burlando de mis tiernos años; éste es el que, desdeñando mis amores, no sólo me difama con sus pullas, sino que además está tramando su huída. Y yo, por lo visto, abandonada por este falaz Ulises, tendré que llorar, nueva Calipso, mi eterna soledad.

Después, extendiendo la diestra y señalándome con el dedo a su amiga Pantia:

—En cuanto a este buen consejero Aristómenes —añadió—, que ha planeado la fuga y que ahora, a un paso de la muerte, yace allí en el suelo, y tirado debajo del catre contempla todo esto, piensa seguramente que va a escapar sin un rasguño después de la afrenta que me ha hecho. Pero más tarde... no, dentro de un rato... no, en este mismo momento haré que le pesen sus chanzas de anoche y su curiosidad de ahora.

Al oír esto ¡desventurado de mí!, me corren sudores fríos por el cuerpo y se me agitan las entrañas con un temblor tan fuerte, que el catre, agitado por mis sacudidas, se pone a bailar y a tiritar encima de mi espalda.

Entonces dijo la buena Pantia:

—¿Qué opinas tú, hermana: lo hacemos primero pedazos, al estilo de las bacantes, o mejor lo atamos de pies y manos y le cortamos sus partes viriles?

—No —repuso Méroe (pues ya en ese momento había caído en la cuenta de que era ella efectivamente la que Sócrates había mencionado en su historia)—: que ése al menos quede con vida para que amontone un poco de tierra sobre el cuerpo de este pobrecillo.

Y diciendo esto, hizo a un lado la cabeza de Sócrates, y por la parte izquierda del cuello le hundió toda la espada, hasta la empuñadura; en seguida, aplicando un odrecillo, recogió con todo cuidado la sangre que manaba, de manera que no cayese por allí ninguna gota. Esto lo vi con mis propios ojos. Después, supongo que para que aquello tuviera todo el cariz de la inmolación de una víctima, la dulce Méroe, metiendo la mano por la herida y hurgando entre las vísceras, sacó al fin el corazón de mi desventurado amigo, mientras éste, cercenada casi la garganta por el golpe del arma, dejaba salir un vago estertor, que no un sonido humano y exhalaba su último aliento. Entonces Pantia tapó con la esponja los anchos bordes de la herida, diciendo estas palabras:





—Ea, tú, esponja, nacida en el mar, guárdate mucho de pasar por un río.

Concluido todo esto, se retiran. Pero antes me quitan el catre de encima, y, abriéndose de piernas, sentadas casi sobre mi cara, vacían su vejiga, y me dejan empapado en la humedad asquerosa de la orina.

No bien habían pasado el umbral, cuando las puertas se levantan y vuelven, íntegras, a su posición primera: los goznes se restituyen a sus agujeros, regresan las trancas al quicio, se reacomodan los cerrojos en el batiente. Pero yo seguía igual, tirado en el suelo, exánime, desnudo, yerto, empapado en suciedad, como recién salido del vientre de mi madre, mejor dicho, medio muerto, peor todavía superviviente de mí mismo, sombra de lo que fui, candidato seguro a una cruz irremediable.

—¿Qué será de mí —pensaba— cuando descubran que éste amanece degollado? ¿Quién va a dar el menor crédito a mis palabras, aunque diga la pura verdad? “Hubieras pedido socorro al menos, me dirán, si es que siendo semejante hombrazo no podías contra una mujer. Degüellan a un hombre en tus mismas narices, ¿y tú no dices nada? ¿Y por qué no has sido víctima del mismo atropello? ¿Por qué tan feroz saña ni siquiera por miedo de la denuncia te hizo nada a ti, siendo tú el único testigo del crimen? ¿Conque te has salvado de la muerte? Pues vuelve a ella ahora”.

Mientras me repetía una y otra vez estas cosas, ya la noche iba retirándose ante el día. Entonces se me ocurrió que lo mejor que podía hacer era escaparme furtivamente antes del alba, y, aunque fuera con paso vacilante, ponerme en camino. Tomo, pues, mi zurrón, meto la llave y descorro los pestillos. Pero aquellas leales y honradas puertas, que tan espontáneamente habían dejado paso libre en la noche, no se abren ahora sino después de mucho, con grandes trabajos y a fuerza de meter una y otra vez la llave en la cerradura.

—Ea, tú ¿en dónde estás? —grito al portero—. Abreme la puerta del mesón, que quiero salir antes de la madrugada.

El portero, acostado, como solía, en el suelo, junto a la entrada del mesón, medio dormido todavía:

—¿Qué dices? —me responde—. Por lo visto no sabes que los ladrones infestan los caminos, pues quieres emprender tu viaje a esta hora de la noche. Si es que a ti te pesa en la conciencia alguna fechoría para tener tantas ganas de morir, yo no tengo cabeza de calabaza para morir en lugar tuyo.

—Ya no está lejos el alba —le replico—, y, además, ¿qué cosa podrán sacar los ladrones de la extrema pobreza de un caminante como yo? ¿Acaso ignoras, imbécil, que a un hombre desnudo no lo pueden despojar ni diez maestros de lucha?

Medio muerto de sueño, y casi dormido otra vez, me dice entonces, volviéndose del otro lado:

—¿Y cómo sé que no has degollado al compañero de viaje con

quien anoche viniste a hospedarte, y que no buscas tu salvación en la huída?

Recuerdo que en ese instante vi que la tierra se abría, y miré el fondo del Tártaro y allí estaba el Cancerbero listo para tragarme. Comprendí entonces que si la dulce Méroe me había dejado a salvo del degüello no era por lástima, sino por crueldad, reservándose así para el patíbulo.

Volví, pues, a mi cuarto, y me puse a deliberar cuál sería el modo más rápido de matarme. Viendo que la Fortuna no me suministraba ninguna otra arma mortífera más que mi solo catre:

—Vamos, catrecito mío —le digo—, queridísimo de mi alma, que has soportado conmigo tantas humillaciones, árbitro y sabedor, como yo, de las cosas que esta noche pasaron, único testigo de mi inocencia que puedo alegar cuando me acusen. Tú ves la prisa que tengo por llegar al otro mundo: proporcióname un arma salvadora.

Y diciendo esto, me pongo a desenredar la cuerda de que estaba tejido; en seguida echo uno de los cabos de la soga a un pedazo de viga que, bajo la ventana, ofrecía un extremo libre; lo aseguro bien, y hago en el otro cabo un nudo resistente; entonces me subo al catre, alzándome para mi ruina, y metiendo la cabeza rodeo mi cuello con el lazo. Pero al empujar con el pie a un lado el apoyo que me sostenía, para que el dogal, con el peso de mi cuerpo, me apretara el cogote y me cortara la respiración, rómpeleme de pronto la cuerda, ya vieja y podrida, y yo, cayendo desde lo alto, voy a dar encima de Sócrates, que estaba acostado allí cerca, y ambos rodamos por el suelo.



En ese preciso instante irrumpe el portero, gritando a grandes voces:

—¿Dónde estás tú, que a deshoras de la noche gritabas con tanta prisa por salir, y que ahora roncas entre las mantas?

En esto, no sé si a causa de nuestra caída o de los gritos escandalosos del portero, despertó Sócrates, y, levantándose antes que yo del suelo:

—No sin razón —dice— hablan tan mal de estos mesoneros todos los huéspedes. Aquí tienes a este necio que, con su entrada brusca y repentina (estoy pensando que lo que quería era robarnos algo) y con sus gritos desafortunados me saca, a pesar de mi cansancio, de un sueño profundísimo.

Me levanto entonces, gozoso y ligero, inundado de inesperada alegría.

—Aquí tienes, portero fidelísimo —exclamo—, a mi compañero y hermano, a quien esta noche, borracho como estabas, me acusaste calumniosamente de haber asesinado.

Al decir esto, abrazaba yo a Sócrates y lo besaba. Pero Sócrates, herido por el hedor del asqueroso líquido con que me habían bañado aquellas Lamias, me rechaza violentamente, exclamando:

—Quítate de aquí, que apesta a cloaca.

Y se pone a preguntarme, muy comedido, por la causa del hedor. Pero yo, todo avergonzado, invento rápidamente algún chiste absurdo para distraer con otro tema de charla su atención, y, poniendo mi diestra en su hombro, le digo:

—¿Por qué no nos vamos ya, para gozar de las delicias de una caminata mañanera?

Tomo mi zurrón y, después de pagar al mesonero el precio del hospedaje, emprendemos ambos nuestra ruta.

Habíamos caminado un buen trecho, y ya el sol había salido, alumbrándolo todo. Yo examinaba curiosamente y con mucha atención el cuello de mi compañero, en el punto en que había visto hundirse la espada.

—Insensato —me decía—, que, trastornado por los jarros de vino que bebiste, soñaste cosas tan espantosas. Aquí tienes a Sócrates, sano y salvo y sin daño. ¿Dónde está la herida? ¿Dónde está la esponja? ¿Dónde, dime a ver, aquella cicatriz tan profunda y tan reciente?

Y hablando con él:

—Con razón —le digo— médicos dignos de fe aseguran que los que se acuestan repletos de comida y de bebida sueñan cosas espantables y truculentas. Es lo que me ha pasado a mí, pues como ayer se me pasó un poco la mano en la cena, tuve una noche de lo más pesado, llena de imaginaciones de horrores y matanzas, de tal modo que todavía creo estar rociado y manchado de sangre humana.

Al oír esto me responde, sonriendo:

—¡Pero si no te bañaron de sangre! ¡Si fué de orina! Sin

embargo, a mí también me pareció, en sueños, que me degollaban; me dolió aquí la garganta, y hasta creí que me arrancaban el corazón; todavía ahora se me va el aliento, me tiemblan las rodillas, vacilo al andar y sentí ganas de algo de comida para restaurar mis fuerzas.

—Mira —le digo—, aquí tienes un desayuno ya listo.

Y uniendo el dicho al hecho, me quito del hombro mis alforjas y le ofrezco sin más tardanza pan y queso, mientras añado:

—Sentémonos ahí junto a ese plátano.

Hecho esto, tomo yo también algo de las alforjas; entonces veo durante un rato a Sócrates comer con extraordinaria avidez, y observo que se va poniendo flaco, que desfallece y que queda tan pálido como el boj. En una palabra, estaba tan cambiado y había perdido de tal modo el color de los sanos, que, lleno de miedo, no pude menos de acordarme de aquellas Furias nocturnas; el primer pedacito de pan que yo había tomado, aunque era muy chico, se me quedó pegado a medio gajate, sin poder avanzar hacia abajo ni devolverse hacia arriba. Y más era mi miedo al ver cuán escasos eran los que pasaban por allí. Porque ¿quién creería que, de dos compañeros de viaje, estuviera el uno muerto sin que el otro tuviera culpa? Sócrates, entre tanto, después de acabar con gran parte de los víveres, sintió de pronto una sed inaguantable. Había engullido, en efecto, y con gran voracidad, un buen pedazo de magnífico queso.

No lejos de las raíces del plátano corría, perezoso, semejante a una plácida laguna, un río cuyos reflejos emulaban los del cristal o los de la plata.

—Ahí tienes —le digo— esa fuente: sacia tu sed con su agua lechosa.

Se levanta él, y después de buscar durante un momento un lugar en que la ribera fuese bastante llana, se agacha, ansioso, doblando las rodillas, tratando de beber. No había tocado aún con la punta de los labios la superficie del agua, cuando la herida de su cuello se abre cuan profunda era y salta bruscamente de ella la esponja, acompañada de un poquitito de sangre; finalmente, su cuerpo inanimado se iba ya de cabeza al río, pero yo lo cogí de un pie, y a duras penas conseguí sacarlo hasta lo alto de la orilla, donde, después de llorar a mi pobrecito compañero según lo permitían las circunstancias, lo cubrí, para siempre, con tierra arenosa, no lejos del río.

Yo, todo tembloroso, y con un miedo atroz por lo que pudiera ocurrirme, huí de aquel lugar por caminos apartados y comarcas solitarias y alejadas del trato humano, y, pesándome casi en la conciencia la muerte de un hombre, abandoné para siempre mi patria, condenándome voluntariamente al destierro. Ahora vivo en Etolia, donde he contraído nuevo matrimonio.

de *El asno de oro*, I, v-xix.

C

L

I  
En  
part  
dem  
es l  
fasc.

La p  
no ll  
pura

D  
refe  
poet  
de s  
dice:

...ni

Y  
conc  
vicio

...est  
objeto

Es  
pasió  
realiz  
despe

identi

La  
difier  
refier

Separa  
esclavi  
fascin  
tado,  
poesía

La  
nocio  
sentid

No se  
largos

Carlos  
Ha pu  
fragma  
Centro